



## ALIVIO DE CAMINANTES

Soy, lector, un caballero,  
un caballero de antaño  
que en su hogar se siente extraño  
y en su patria forastero.

Belicoso y justiciero,  
como hidalgo á la jineta,  
nací de la misma veta  
que el de la Triste Figura,  
y es mayor mi desventura,  
pues vine á dar en poeta.



Si queréis saber de mí  
los que no me conocéis,  
no mi persona busquéis;  
miradme en estampa aquí.

De lo mucho que viví  
de mi juventud ardiente  
no dicen nada mi frente  
ni mi rostro y mi talante,  
que nunca dice el semblante  
las cosas que el alma siente.

Muchos, con sutil mirada,  
quisiéronme penetrar...  
¡no saben que de este hogar  
tengo la puerta cerrada!

Quien se acerque á la morada  
de mi castillo interior,  
donde yo soy el señor,  
ha de quedarse á la puerta,  
que sólo la dejo abierta  
cuando pasa un grande amor.



Si ahora rompo mi costumbre  
y, abriendo de par en par  
las ventanas del hogar,  
doy noticias de su lumbre,  
no llamo á la muchedumbre  
ni pido al vulgo licencia,  
pues cumplo con la obediencia  
de un brioso mandamiento  
que brota con vivo acento  
del fondo de mi conciencia.

Huyendo la torpe grey  
de esta miserable edad,  
en mi esquiva soledad  
vivo con humos de rey.

No hay servidumbre ni ley  
que me fuerce á transigir;  
á nadie quiero servir,  
que he jurado, por mi honor,  
no servir nunca á señor  
que se me pueda morir.



Yo puse á la vida el precio  
de un ardite, á fuer de hidalgo;  
yo sé lo mucho que valgo  
por lo mucho que desprecio.

No extrañéis que hable tan recio  
de mi hidalga condición,  
porque mis blasones son  
más altos que el alfa sierra:  
tengo los pies en la tierra  
y en el cielo la afición.

Fuí, por nacer, desgraciado,  
 pues, en mi tiempo, nacer  
 español é hidalgo, es ser  
 dos veces desventurado.

Sólo encuentro en lo pasado  
 para mis penas ambiente,  
 porque en su callada fuente  
 y hasta en sus tumbas piadosas  
 olvido las dolorosas  
 vergüenzas de lo presente.



Y aun, por facer más entuertos,  
 han dado varones graves  
 en cerrar con siete llaves  
 los sepulcros de los muertos!

¡Hacen bien! Porque si abiertos  
 los sepulcros les dejaran,  
 hasta los muertos se alzarán  
 contra nosotros, alfivos!...  
 ¡Por maldecir á los vivos  
 los muertos resucitarán!

Cómo han de amar la memoria  
 de los blasones paternos  
 estos bárbaros modernos  
 sin sentido de la historia?

¡Si es la puchera su gloria  
 y es su culto el populacho  
 y es el voto su penacho  
 y las urnas sus crisoles!  
 ¡Dios nos libre de españoles  
 traducidos al gabacho!



Siglo de torpes envidias,  
 de apocadas igualdades,  
 de seniles vanidades  
 y afeminadas perfidias!

Yo desprecio tus insidias  
 porque mis pecados son  
 arrogancias de varón,  
 orgullos de mocedad;  
 me falta la vanidad  
 y me sobra la ambición.

Soy pródigo, aventurero,  
y, aunque pobre y vergonzante,  
sé gastar á mi talante  
la vida como el dinero.

Yo amo la vida y espero  
perderla sin vacilar,  
que aunque la quiero gozar  
no la quiero encarecer:  
¡me gusta por el placer  
de poderla derrochar!



Que esta sangre que me inflama  
como un vino generoso,  
es un licor más precioso  
cuanto mejor se derrama.

Quien más vive, quien más ama,  
presume de más valiente,  
y es porque sabe y presente  
que en los huertos del Amor  
cuando se troncha una flor  
se esparce más la simiente.

Nací para ser soldado  
y aun la lucha me apasiona;  
fué mi herencia una tizona  
de acero muy bien templado.

Mas, ociosa la he dejado,  
forciendo mi vocación,  
pues late en mi corazón  
el instinto militar  
que hizo á mi padre temblar  
con ímpetus de león.



Tengo un ansia de vivir  
que me hace desfallecer,  
un vivo afán de querer,  
de odiar y de combatir...

Vivir quisiera y morir  
viendo en gloriosas cruzadas  
las banderas desplegadas  
sobre torres alfaneras.  
Mas ¿dónde hallar las banderas  
si están todas desgarradas?

Una sola, y es de Amor,  
se yergue, blanca y divina,  
la bandera peregrina  
de Cristo Nuestro Señor!

Yo he visto su resplandor  
como un incendio en el mar;  
yo la he visto al despuntar  
un glorioso alborecer...  
¡por ella, si es menester,  
la vida entera he de dar!



Quién á este dulce señoero,  
quién habrá que se resista  
si tiene un alma de artista  
y un alma de caballero?  
¡Seguir sus cruzadas quiero,  
y á su luz amanecer,  
y el espíritu encender  
en su divina locura;  
quiero su casta blancura  
con mi sangre enrojecer!

Dadme ¡oh cielos! la ocasión  
donde pruebe que no en vano  
mi abolengo es castellano  
y es mi nombre de león.

De mi ardiente corazón  
¿habrá quien saber presume  
porque vió temblar mi pluma?  
¿Conoce el fondo del mar  
quien vió en la playa temblar  
y deshacerse la espuma?



Yo soy, lector, como ves,  
un Quijote de la Cruz;  
mezcla de hidalgo andaluz  
y de hidalgo montañés.

Con aquel santo marqués  
de Lombay, quisiera asir  
los cielos, y repetir  
con semejante fervor:  
¡Nunca servir á señor  
que se me pueda morir!



Por aliviar el camino  
y entretener las jornadas  
he compuesto unas tonadas  
á lo humano y lo divino;  
querellas de un peregrino  
que, en los yermos de la vida  
canta con voz dolorida,  
de esperar, desesperado;  
versos, con que un desterrado  
llora su patria perdida.



Pluguera al cielo que fuesen  
tan dulces y tan sabrosos  
que de puro deleitosos  
el ánimo suspendiesen;  
que un suave olor os trajesen  
de rosas y de azucenas,  
mas, sólo entiendo de penas  
y aquí os las traigo en gran copia,  
que es alivio de la propia  
la lección de las ajenas.

¿Qué placer, por ventura,  
no tendrá un sabor amargo?  
¡si es el camino tan largo  
y es la jornada tan dura!  
Solamente la ternura,  
que en todas las almas llora,  
pone un resplandor de aurora  
sobre el polvo del camino  
y arranca un verso divino  
de la «soledad sonora».



Quise á veces engañar  
mis congojas inmortales  
y con lindos madrigales  
hice á mi pena un collar.  
Que el cantar, como el llorar,  
querellas del alma infiere:  
¡más brío mi canto adquiere  
cuando la angustia le aprieta,  
pues, como el cisne, el poeta  
canta mejor cuando muere!

Quien canta su pena, gusta  
de consuelos singulares;  
para ahuyentar los pesares  
nuestra lengua es una fusta.

Que el alma noble y robusta,  
con aquello que le mata  
su propio temple aquilata  
y en lides de ingenio arguye,  
pues á la pena que huye  
le pone puente de plata.



Siervos de oscuros destinos,  
presos en duras cadenas,  
son iguales nuestras penas  
é iguales nuestros caminos;  
todos somos peregrinos,  
todos somos caminantes,  
todos somos semejantes,  
si no en amor, en dolor,  
y agita un mismo temblor  
nuestras sombras vacilantes...

Bien haya el plectro sonoro,  
bien haya la dulce fuente  
que plañe tan mansamente  
con las aguas de su lloro!

Cantando en fraterno coro  
sigamos nuestras jornadas...  
Como rosas deshojadas  
y en un remanso esparcidas,  
las penas de nuestras vidas  
se irán quedando olvidadas.



Que alumbre nuestros senderos  
la luz de los viejos soles;  
demos ya fe de españoles  
cristianos y caballeros;  
aprestad liras y aceros  
que es tiempo de caminar,  
y es tiempo de restaurar,  
y es trance de combatir,  
y es hora de decidir,  
y ocasión de despertar...

Claros varones de antaño!  
 ¡Tornad, por Dios, á Castilla  
 para castigo y mancilla  
 de los felones de ogaño.

Que de este oscuro rebaño  
 no quede huella en la lid...  
 ¡Claros varones, venid,  
 barred con vuestras espadas  
 las turbas afrancesadas  
 que han dado por muerto al Cid!



Que con viva exaltación  
 la vieja Musa española  
 cobre una nueva aureola  
 de peregrina invención,  
 y que su honrada canción  
 sea en Castilla, como antes,  
 regocijo de estudiantes,  
 semilla de romanceros,  
 y escuela de caballeros  
 y alivio de caminantes.

## CANTIGA DE OTOÑO